

NEW LEFT REVIEW 85

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2014

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	¿Nuevas masas?	5
ANDRÉ SINGER	Rebelión en Brasil	18
PERRY ANDERSON	<i>Antagonista</i>	38
TOR KREVER	Juzgar a la Corte Penal Internacional	68
TERI REYNOLDS	Despachos desde Dar	103

ENTREVISTA

THOMAS PIKETTY	La dinámica de la desigualdad	107
----------------	-------------------------------	-----

ARTÍCULOS

JOSH BERSON	La reprogramación de la quinua	122
-------------	--------------------------------	-----

CRÍTICA

MARCUS VERHAGEN	Participativo pasado	140
WILLIAM DAVIES	La economía del insomnio	148
DYLAN RILEY	Cuestiones sureñas	154

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



PERRY ANDERSON

ANTAGONISTA

CON LA PUBLICACIÓN póstuma de *A Colossal Wreck* se completa el tríptico por el que será recordado Alexander Cockburn. *Corruptions of Empire* ofrecía un friso centelleante de la política y la cultura estadounidense desde mediados de la década de 1970 hasta finales de la de 1980; *The Golden Age Is In Us*, más reflexiva y personal en cuanto a la forma, es un álbum y diario intrincadamente construido que prolonga el texto anterior hasta mediados de la década de 1990, mientras el mosaico narrativo *A Colossal Wreck* llega hasta la segunda década de este nuevo milenio. Robin Blackburn y JoAnn Wypijewski escribieron conmovedores obituarios de Alexander cuando murió¹; *A Colossal Wreck* se inicia y concluye con otros dos, escritos por miembros de su familia, su hermano Andrew y su hija Daisy. No se podrían escribir mejores retratos, por lo que no intentaré aquí presentar una nueva elegía. Cada uno de sus amigos tendrá sus propios recuerdos de Alexander; en mi caso, la casualidad biográfica nos unió a lo largo de su trayectoria vital, de Irlanda a Inglaterra y de Nueva York a California; quizá esto me permita alguna contribución adicional a su inventario.

En toda mi vida no he conocido a nadie que estuviera marcado tan profunda y productivamente por su origen familiar. La relación entre padres e hijos rara vez carece de conflictos, y cuando no los hay, el efecto suele ser más entumecedor que vigorizante o neutral. Que el padre de uno sea a la vez objeto de adoración, emulación y emancipación parecería una *contradictio in terminis*, pero así era en el caso de Alexander. Durante toda su vida

¹ Robin Blackburn, «Alexander Cockburn, 1941-2012», *NLR* 76, julio-agosto de 2012 [ed. cast.: «Alexander Cockburn, 1941-2012», *NLR* 76, septiembre-octubre de 2012, pp. 57-66]; JoAnn Wypijewski, «Remembering Alex», *The Nation*, 13-20 de agosto de 2012.

su padre Claud fue un modelo para él –en cierta ocasión dijo que pensaba en él cada día–, y su carrera iba a seguir un camino a menudo sorprendentemente parecido. Pero lejos de ser un grillete psicológico que lo redujera a la imitación, era como si la intensidad del vínculo entre ellos fuera la condición para una individualidad alejada de lo ordinario. Esa paradoja dice mucho, por supuesto, del padre que la hizo posible.

Claud Cockburn contó su propia vida –hasta la edad de 57 años– en una ingeniosa y entretenida trilogía que daba cuenta de una notable carrera². Nacido en 1904 en Pekín, donde su padre era secretario de la embajada británica durante el levantamiento de los bóxer, de joven interrumpió en numerosas ocasiones su educación en Inglaterra para acompañar a su padre en Budapest como encargado de las reclamaciones de guerra aliadas a Hungría. Una vez concluidos sus estudios en Oxford, Claud trabajó primero para *The Times* en Berlín, como reportero independiente, trasladándose luego como corresponsal de ese periódico a Nueva York, en vísperas del crac de 1929; renunció a ese puesto a principios de 1932, volviendo primero a Europa Central y luego de nuevo a Inglaterra, donde creó *The Week*, un semanario confidencial que exponía intrigas y escándalos en las altas esferas, leído y temido no sólo en los clubs y casas de campo de la oligarquía británica, sino también por sus homólogas en el continente. En 1934 comenzó a escribir para el *Daily Worker* [órgano oficial del Partido Comunista británico] mientras seguía contribuyendo asiduamente a *Time* y *Fortune*. En 1936 fue enviado por el *Daily Worker* a España como corresponsal de guerra, al tiempo que informaba sobre Inglaterra para *Pravda*. Durante la Segunda Guerra Mundial siguió escribiendo para el *Daily Worker*, pero en 1947 lo abandonó para irse a vivir a Irlanda con su mujer Patricia. Allí escribió sus tres volúmenes de memorias; cinco novelas, una de las cuales fue llevada a la pantalla por John Huston; artículos diversos para el semanario *Punch*, y desde 1961 para el quincenal *Private Eye*, del que se convirtió en gran inspirador y colaborador³. Murió en 1981.

² Claud Cockburn, *In Time of Trouble; Crossing the Line; View from the West*, Londres, 1957, 1958 y 1961. Misteriosamente, pero en consonancia con su autor, en la edición británica del primer volumen de la trilogía se suprimieron por razones desconocidas un capítulo y buena parte de otro que incluían un vívido informe de la casi ejecución de Claud por Durruti en Aragón, presente en cambio en la edición estadounidense, publicada un año antes con el título *A Discord of Trumpets*.

³ Richard Ingrams explica que cuando fundó con otros amigos *Private Eye* tenía «muy presente el ejemplo de Cockburn». Véase su recuerdo de Claud en el prólogo a la reedición en 1985 de *The Years of the Week* (publicada, sin duda para confundir a algún agente, en nombre de Patricia), aparecido originalmente en 1968 y que se puede considerar como un cuarto volumen paralelo a la trilogía autobiográfica de Claud. Las memorias de la propia Patricia, tan notables como las de su marido, se publicaron con el título *Figure of Eight* en 1985.

En cuanto a la riqueza de esa trayectoria y la personalidad que la animaba nada puede sustituir las propias memorias de Claud, pero sí cabe indicar ciertos matices de particular influencia sobre Alexander. Claud era el periodista más brillante de su generación con pasaporte británico, pero su carrera divergía de la sociedad británica, con la que sus relaciones nunca fueron muy estrechas. Europa Central, Estados Unidos e Irlanda le caían mejor que Ukania. *The Week*, uno de los grandes inventos originales del periodismo del siglo xx, era para los británicos bastante ajeno; emulaba técnicamente los ataques ciclostilados de Oswald Schuette, un amigo de Washington, contra las grandes empresas radiofónicas en Estados Unidos, así como los boletines de Kurt von Schleicher, el último canciller de la Alemania de Weimar; y periodísticamente, *Le Canard enchaîné* parisino. También eran extranjeros –estadounidenses, alemanes, polacos o franceses– los reporteros domiciliados en Londres de cuyas fuentes se servía. Como corresponsal internacional no sentía ningún atractivo por los asuntos propiamente británicos; Inglaterra era un país demasiado pequeño para sus botas, como él mismo dijo en una ocasión⁴.

Junto a ese distanciamiento de la vida nacional destacaba su independencia de espíritu. Cuando era todavía un joven sin un empleo fijo, rechazó por tres veces ofertas de un puesto de trabajo en el *The Times*, entonces en el pináculo de su prestigio mundial, antes de aceptar finalmente uno en sus propios términos, especificando Nueva York como el único puesto que aceptaría. Al cabo de un par de años asombró a sus jefes abandonando su puesto privilegiado en Manhattan por un pobre cuchitril diseñado por él mismo en *The Week*. Aunque disfrutaba como nadie los placeres del mundo, nunca cayó económicamente cautivo de ellos, viviendo endeudado la mayor parte de su vida y gran parte de ella en circunstancias difíciles. Habiendo conocido de cerca la inflación húngara tras la Primera Guerra Mundial, el dinero era para él una cuestión teórica más que práctica⁵. Pero aunque ésa fuera una de las razones de su decisión de abandonar el *The Times* en 1932, su motivo más inmediato era político. En Austria, cinco años antes, un enredo amoroso lo había llevado a bucear en la polémica de Lenin y Zinoviev contra la Primera

⁴ C. Cockburn, *View from the West*, cit., p. 82.

⁵ «Aquellos primeros años en Budapest, durante el período de la inflación, cuando el valor del dinero que llevamos en el bolsillo podía reducirse a la mitad entre el desayuno y almuerzo, y otro tanto antes de la cena, me habían hecho casi imposible concentrarme en los problemas financieros, o tratarlos de otro modo que como totalmente fluidos e impalpables»: C. Cockburn, *In Time of Trouble*, cit., p. 83.

Guerra Mundial, que para él fue un *coup de foudre* político añadido al emocional⁶. A partir de aquel momento, fueran cuales fueran sus vínculos organizativos o de otro tipo, sobre los que era extraordinariamente discreto, se convirtió en un revolucionario convencido.

Pero se hizo comunista a su propio modo, fuera de los marcos del partido británico y sin mucha relación con sus métodos. Sus líderes, por otra parte, desconfiaban de *The Week*, sobre la que no tenían control. Durante la década de 1930 estaba personalmente mucho más vinculado a agentes internacionales de la Comintern –Otto Katz, Egon Erwin Kisch, Willi Münzenberg, Mijail Koltsov– que a los incondicionales locales. Cuando el partido británico y su periódico se unieron al esfuerzo bélico a partir de 1941, las consignas de unidad patriótica bajo las que lo hicieron resultaron muy poco atractivas para Claud. Formado en la década anterior, antes de la invención del Frente Popular, su temperamento político era más radicalmente antagonista y le hacía sentirse incómodo con la breve transformación del Partido Comunista británico «de secta odiada en corriente popular apreciada», por no hablar de sus desconfianza hacia el Partido Laborista en 1945⁷. Dos años más tarde, constatando la futilidad de su trabajo para el partido, se sentía ya harto; una oportuna úlcera le permitió retirarse con su familia a Youghal, en el sur de Irlanda, sin romper públicamente con él. Cuando se produjo el levantamiento húngaro de 1956, el propio hecho –antes incluso de su represión– indicaba suficientemente lo que había llegado a ser el comunismo en Europa Oriental. Pero permaneció leal hasta el fin a la tradición revolucionaria con la que se había comprometido, a su propio modo. Con certeza, el punto culminante de su periodismo durante la guerra había sido una entrevista en Argel con De Gaulle, por quien, apreciando la independencia de espíritu que lo haría tan incómodo para Washington y Londres, sintió una inmediata admiración.

Londres durante la década de 1960

Sus actitudes hacia el país, la carrera, el dinero o la política conectaban de una forma u otra a padre e hijo; pero para cualquiera que los conociera a ambos, su vínculo más obvio era el temperamento. La primera mujer de Claud, la escritora estadounidense Hope Hale Davis, que también había sido comunista y había abandonado el partido tras el pacto

⁶ *Ibid.*, pp. 106-122.

⁷ C. Cockburn, *Crossing the Line*, cit., pp. 104, 140-143.

nazi-soviético, escribió mucho más tarde sobre su vida en común que lo que más le gustaba de él era su combinación de irreprimible buen humor, picardía e ingenio con su acendrado compromiso para derrocar el capitalismo⁸. Y fue precisamente esa combinación la que encontró su reencarnación en Alexander. Crecimos a unos 70 km de distancia en el sur de Irlanda; los Cockburn vivían en Youghal, prácticamente en la línea divisoria entre los condados de Cork y Waterford, al borde de la sociedad anglo-irlandesa asentada a lo largo del río Blackwater, más ruidosa pero también más acomodada que la vecina del Suir. En ambas familias había conexiones militares y con el Lejano Oriente –uno de los antepasados de los Cockburn había saqueado Washington, y otro había gobernado Hong Kong– y ambos guardábamos recuerdos parecidos de la infancia en Irlanda y del internado posterior en Gran Bretaña. Tras graduarse en Oxford, la primera publicación de Alexander fue una reseña de *Catch-22* en la *NLR*⁹, y durante un tiempo compartimos un piso en Lexham Gardens, cerca de Earl's Court. Incluso en la exuberancia genérica de la juventud durante aquel período –el Londres de *Blow-Up* a mediados de la década de 1960– sobresalían ya entonces su celeridad y euforia.

Su primer empleo fue en el suplemento literario del *The Times*. Estaba sin un duro y para completar su exigua paga tenía que vender a veces ejemplares de los libros que le habían dado para reseñar y que se amontonaban en las estanterías de su piso; pero intelectualmente era un puesto fascinante. En aquellos tiempos el *The Times Literary Supplement*, dirigido por Arthur Crook y bajo la influencia de John Willett, el traductor de Brecht más destacado de su época, y de John Sturrock, estudioso del estructuralismo francés, exhibía una proclividad hacia los autores del continente luego aterida bajo las ventiscas de la Guerra Fría. Allí, tan anónimamente como cualquier otro colaborador, Alexander copiaba, editaba y escribía sobre novelas¹⁰. Su texto más largo fue un ensayo de cabecera en el número especial «Sounding the Sixties» que repasaba la política, la educación, la

⁸ Hope Hale Davis, *Great Day Coming: A Memoir of the 1930s*, South Royalton, 1994, pp. 2 y ss., que contiene su mejor retrato independiente –afectuoso, contenido, pero no acético– de aquella época. Unos cuarenta años antes escribió una reseña del primer volumen de sus memorias, condicionada en cierta medida por su valoración del comunismo, aunque no hostil pese al ambiente de guerra fría de la época: «From Pollitt to “Punch”», *The New Leader*, 20 de agosto de 1956.

⁹ A. Cockburn, «Catch 22», *NLR* 1/18, enero-febrero de 1963, pp. 87-92.

¹⁰ Su contribución más sobresaliente, «In Carcinoma City», una reseña del *American Dream* de Mailer, que apareció en su número del 29 de abril de 1965, fue vuelto a publicar por el periódico cincuenta años después, el 23 de diciembre de 2013.

literatura, el teatro, el cine, la prensa, la crítica e historiografía de la década a mediados de ésta¹¹. Poco después, en la primavera de 1966, renunció a aquel puesto que cualquier otro habría considerado muy deseable, sin haber encontrado y ni siquiera buscado otro. Yo me quedé asombrado y profundamente impresionado por su libertad de espíritu. Dejando colgado todo lo demás, se hizo cargo de la dirección de la *NLR* machacándonos estilísticamente con el propósito de liberar la revista de sus tics y clichés. A diferencia de su padre, Alexander comenzó como periodista literario: fue su etapa en la *NLR*, en el acmé del fermento revolucionario de finales de la década de 1960, la que lo convirtió en un escritor político. Robin Blackburn ha recordado en su obituario su trabajo conjunto en la producción de dos libros para la revista, uno sobre el ascenso a escala nacional de la militancia sindicalista, y el otro sobre la rebelión estudiantil internacional de la época; este último, un *best-seller* en aquel momento, se iniciaba con un incisivo repaso de Alexander –uno de los primeros textos en Inglaterra en hablar también de la sociedad del espectáculo–, que sigue siendo de lectura provechosa hoy día¹².

Antes de que acabara la década comenzó también a colaborar con el *New Statesman*, entonces dirigido por Paul Johnson, quien más tarde se convertiría en un histórico neoconservador thatcheriano ácidamente recordado por Alexander como «el único hombre que conozco más tieso que el pelo de la estatua de la Libertad»¹³. Aunque no duró mucho su vinculación con la revista, siendo lo más sobresaliente de aquella colaboración un largo reportaje de principios de 1969 sobre el Ulster en el que los lectores pudieron apreciar su mordiente político¹⁴, a través de ella conoció e hizo amistad con el corresponsal estadounidense Andy Kopkind y contribuyó a la modesta hojilla que éste y Jim Ridgeway publicaban en Washington, primero con el título *Mayday* y más tarde con el de *Hard Times*¹⁵. También unió sus fuerzas con las de Bruce Page

¹¹ *The Times Literary Supplement*, 29 de julio de 1965.

¹² R. Blackburn y A. Cockburn, *The Incompatibles: Trade Union Militancy and the Consensus*, Harmondsworth, 1967; y *Student Power: Problems, Diagnosis, Action*, Harmondsworth, 1969.

¹³ A. Cockburn, *Corruptions of Empire*, Londres y Nueva York, 1998, p. 386.

¹⁴ A. Cockburn, «Ulster: History's Blind Alley», *New Statesman*, 3 de enero de 1969, pp. 8-12, donde «We Shall Overcome», cantado en una manifestación por los derechos civiles, es «ese fresco himno de esperanza».

¹⁵ Véase A. Cockburn, «Cool in the Street», *Mayday*, 8-15 de noviembre de 1968; «Armed Struggle in Ireland», *Hard Times*, 17 de abril-4 de mayo de 1970; «England Swings», *Hard Times*, 29 de junio-6 de julio de 1970. Ridgeway fusionó *Hard Times* con *Ramparts* en 1972.

y Neal Ascherson para crear un Grupo de Comunicaciones Libres que produjo unos pocos números de un escueto folleto, *Open Secret*, en el que se criticaba la situación de los medios de comunicación. En el otoño del año siguiente un grupo más joven –cuyo principal impulsor era Anthony Barnett– comenzó a planificar un semanario que transformaría esa escena, con un estilo de periodismo revolucionario que no iba a ser estrecho, formalista ni catequista, sino dirigido al público de masas jóvenes, educadas y críticas que se manifestaban a decenas de miles contra la guerra en Vietnam. Todas las decisiones se tomaban colectivamente, sin una jerarquía establecida, pero cuando apareció su primer número en octubre de 1971, Alexander era de hecho su director. El título, la concepción y la presentación eran suyos.

En el tercer volumen de sus memorias Claud había relatado su larga participación a finales de la década de 1950 en un proyecto para un nuevo semanario de Hulton Press, la empresa editora de *Picture Post*, que se iba a llamar *Seven Days*, en el que tenía grandes esperanzas pero que acabó siendo descartado por los propietarios. Alexander recuperó ese nombre para la revista que ahora iba a promover. Considerándolo retrospectivamente, se puede percibir otro propósito además del precedente paterno. A diferencia de Claud, Patricia tenía un sentido visual muy desarrollado, convirtiéndose el final de su vida en una apreciada pintora de conchas en Irlanda. Alexander, que compraba pinturas desde sus días del suplemento literario de *The Times*, orientó ese don hacia la fotografía que incorporó al semanario proyectado. La declaración con la que se recabaron fondos para su financiación decía: «En toda la historia del periodismo de izquierdas, radical o incluso liberal, sólo *Picture Post* aprovechó en este país las posibilidades ofrecidas por fotografías realmente buenas para realzar los relatos o contarlos por sí mismas». *Seven Days* iba a cubrir ese hueco, dramatizando sus historias y artículos con fotografías que explotaban la banalización del mundo consumista empapado de imágenes. Alexander, combinando portadas, presentación, tipografía y contenidos, contagió al proyecto común toda su energía y audacia. Desde que apareció, en el momento culminante del conflicto en Irlanda del Norte, mientras los mineros obtenían una resonante victoria con su huelga en Gran Bretaña y en Vietnam se desarrollaban las últimas etapas de la guerra, trató de combinar el reportaje social, la investigación política, la discusión de ideas, la recensión (más intermitente) de películas o libros, con un estilo a la vez decididamente militante e intelectualmente accesible. Editorialmente se mantuvo muy

cerca de los objetivos propuestos, pero comercialmente fue un fracaso¹⁶. La revista duró sólo seis meses antes de que se agotara el dinero y se nombrara un síndico para liquidar sus activos y pasivos.

A ese golpe desalentador en la primavera de 1972 se añadieron un fracaso matrimonial y deudas que rivalizaban con las de Claud, muchas de ellas contraídas –como las de su padre– como adelantos por obras que por una razón u otra no se materializaron. En años posteriores la capacidad de supervivencia de Alexander parecía a menudo indestructible, pero en aquella época se hallaba en su peor momento. En *A Colossal Wreck* presentaba como una entretenida leyenda su decisión de probar fortuna al otro lado del charco.

A finales del verano de 1972 me encontraba un día en ese barrio del sur de Londres conocido como Balham. Hacía mucho calor y las calles se me hacían infinitamente tristes. Tengo que salir de ésta, me dije a mí mismo como Razumov hablando al consejero Mikulin en la novela de Conrad *Under Western Eyes*.

Giré en dirección a la estación de metro y un sórdido letrero en la ventana de un semisótano captó mi atención. Llamé a la puerta y una sibila me abrió la puerta vestida con un sari indio. Tenía cartas del tarot y un loro, un método de adivinación con una larga tradición en la India. Me echó las cartas. El loro las miró y luego a mí y a la adivina. Entre ellos pasó como una corriente de energía.

Bastó una premonición sobre lo que iba a acabar siendo el Nuevo Laborismo: «Al cabo de una semana, obedeciendo a las sugerencias del loro, había comprado un pasaje a Nueva York y una nueva vida. Ante mí se extendía un vasto panorama político, de riqueza y posibilidades aparentemente infinitas. Nunca he lamentado, ni por un momento, mi salto trasatlántico»¹⁷.

¹⁶ Entre los participantes que también escribían para la *NLR* en aquella época estaban Peter Wollen, Tom Nairn, Fred y Jon Halliday y Gareth Stedman Jones. Además de una extensa cobertura de las luchas obreras y la resistencia popular a la ocupación militar de Irlanda del Norte, la revista se ocupó de cuestiones del movimiento de liberación gay y de las mujeres, la salud mental y las condiciones de vida en las prisiones, que no se iban a plantear abiertamente hasta más tarde. Retrospectivamente sobresale su sección sobre ideas: una serie que trataba sobre el capitalismo, el patriotismo, el internacionalismo, el materialismo, el keynesianismo, el surrealismo, etc., junto con su compromiso, con recursos muy limitados, con el fotoperiodismo. Después de verse obligada a cerrar en marzo de 1972, apareció sin embargo en mayo un número especial que saludaba la ofensiva vietnamita durante la Pascua de aquel mismo año.

¹⁷ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, Londres y Nueva York, 2013, p. 351.

En Estados Unidos

Llegó a Estados Unidos en vísperas de la reelección de Nixon. Allí, apoyándose en un artículo sobre ajedrez, persuadió al editor de *The Village Voice* para que lo pusiera al frente de un proyectado departamento de libros al tiempo que contribuía a la revista¹⁸. Sus dos textos siguientes, que aparecieron en diciembre de 1972, eran sobre fotografía: una reseña crítica de una exposición de Diana Arbus y un obituario de la revista *Life* que acababa de expirar. «Press Clips», la columna sobre los medios que le haría famoso en Estados Unidos, comenzó a aparecer en septiembre de 1973, mientras Allende era derrocado y el asunto Watergate se acercaba a su clímax. Al año siguiente escribía junto con Jim Ridgeway otra columna sobre economía, «Surplus Value», que más tarde se ampliaría a la escena política como «The Greasy Pole» y finalmente «The Moving Target». Pronto iba a aparecer también en *The New York Review of Books*, *More* y otras varias publicaciones. A mi llegada por primera vez a Manhattan, en el verano de 1976, en el amplio apartamento de estilo bohemio Art Deco que por entonces ocupaba él junto a Central Park, sentí como una revelación: cruzando como un meteoro literario –y social– el panorama de la ciudad, había llegado a la plenitud de sus dones. En cuanto leí unos ejemplares del *The Village Voice* dispersos por la sala de estar que daba al parque –hasta aquel momento apenas me había dado cuenta de su existencia– percibí que había desarrollado un estilo de periodismo ofensivo que era pura exaltación. Su combinación de elegancia e insolencia, a la vez salvaje e hilarante, no se parecía a nada que hubiera leído antes. Recorriendo la infatuada prensa estadounidense, machacaba a un pomposo conformista tras otro. Al llegar a su «¿Cómo ser un corresponsal extranjero?», sobre C. L. Sulzberger¹⁹, le sugerí que fotocopiara todo lo que había escrito desde que llegó a Estados Unidos y reuniera para una recopilación futura las columnas que iba descuidadamente esparciendo en diversas publicaciones. Mucho más tarde él iba a recurrir efectivamente a ellas para *Corruptions of Empire*.

¹⁸ El único título que apareció con el pie de imprenta de *The Village Voice* fue su propio *Idle Passion: Chess and the Dance of Death*, publicado en 1974, especialmente notable por su capítulo sobre los éxitos e ironías del ajedrez –un arte por el arte si es que lo ha habido alguna vez– como pasatiempo de masas promovido por el Estado en la Unión Soviética. El libro está escrito en un estilo todavía más cercano al inglés clásico que al americano.

¹⁹ Véase A. Cockburn, *Corruptions of Empire*, cit., pp. 187-192.

Con el tiempo se extendió en Estados Unidos la leyenda de que Alexander había sacudido el periodismo local como un rayo al introducir el estilo inglés de escritura polémica, desconocido allí pero muy familiar en Gran Bretaña. He perdido la cuenta del número de obituarios en Estados Unidos que repetían esa idea, cuando no podría haber nada más lejos de la verdad. En cuanto al estilo, el propio Alexander no escribía así en Londres: sus artículos en el suplemento literario del *The Times* eran a menudo muy forzados, respetando las convenciones de la revista y de aquella época. Sobre su padre, Alexander observaba: «Escribía rápidamente, con un estilo hermoso y fácil»; pero el propio Claud fue el primero en decir que no era siempre así, reconociendo que entre sus veinte y sus treinta años «escribía lentamente y con un estilo errático»²⁰. La chispa incomparable de «Press Clips» no era importada del Reino Unido; fue inventada en Estados Unidos. Su tema tenía todavía menos que ver con el ejemplo británico. En Ukania la crítica de la prensa en la propia prensa había sido durante mucho tiempo un tema tabú, gobernado por la máxima de Fleet Street de que perro no come perro, regla únicamente rota cuando estaba en juego el crimen y no la ideología o la política²¹. Murdoch puede servir de ejemplo, pero incluso en casos más independientes –como la *London Review of Books*, por poner un ejemplo–, hablar de las plumas prestigiosas de *The Guardian* o *The Independent* con la causticidad con que lo hacía Cockburn era impensable.

En Nueva York, *The Village Voice* era considerado generalmente en aquella época como el semanario más radical del país, pero las columnas de Alexander estaban muy a la izquierda de su centro de gravedad y a su debido tiempo esa distancia provocó su salida en relación con el detonante local más predecible, Israel. A principios de 1984 el director de *The Village Voice* –un antiguo incondicional de *The New York Times*– lo despidió por haber recibido dos años antes una beca para escribir un libro sobre la invasión israelí del Líbano de un Instituto de Estudios Árabes, desaparecido empero para entonces por falta de fondos. Los lectores de la revista expresaron abrumadoramente su incredulidad e irritación por la decisión, pero el resultado no estuvo nunca en duda: no se podía

²⁰ Compárese A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 269, con C. Cockburn, *In Time of Trouble*, cit., p. 158, donde este último ofrece una vívida enumeración de diversos amaneramientos y remilgos en su prosa temprana.

²¹ *Private Eye* sí se había ocupado desde hacía tiempo de «la calle de la vergüenza», pero sus dardos eran mayormente subpolíticos, cotilleos tocapelotas más atentos al escándalo que a la crítica demoledora del sesgo premeditado o la mistificación.

bromear con el sionismo. Aconsejado por Andy Kopkind y acuciado por la necesidad, aceptó inmediatamente la propuesta de Victor Navasky de incorporarse al equipo de *The Nation*, lo que resultó ser una bendición tanto para la revista como para Cockburn²². La sección que éste negoció con Navasky –con el título «Beat the Devil» [«Golpear al diablo»], tomado de la novela más exitosa de Claud–, le dio dos páginas consecutivas cada quincena, espacio en el que podía variar su paleta y ampliar su registro más allá del *staccato* de «Press Clips». Su descubrimiento de Estados Unidos no había sido únicamente el de un panorama político más vasto y más alentador que el británico, sino también el de un panorama literario más despejado y más liberador. De sí mismo decía mucho más tarde que los prosistas que habían atraído «a un chaval angloirlandés irremisiblemente atrapado en el corsé de la finura latinista» habían sido siempre «camorristas estadounidenses»; y una vez al otro lado del Atlántico, aunque nunca trató de imitarles, «todos ellos me enseñaron que la prosa estadounidense, en su expresión más vehemente, más enfurecida, más desmesurada, puede liberarte y enseñarte a dejarte ir»²³, permitiéndole desarrollar el estilo que perfeccionó durante aquellos años.

Tenía entonces muchos lectores. Al iniciarse la década de 1990 tenía una columna política en *The Wall Street Journal*, cubría la crítica de restaurantes y se le podía leer en *Harper's*, *Atlantic Monthly*, *Vanity Fair*, *American Film Institute* y, con gran complacencia de su parte, en *Grand Street*. Pero su principal repercusión la tenía en realidad en *The Nation*, cuya tirada se duplicó desde la exigua cifra de 24.000 al cabo de un año de su incorporación, y casi se duplicó de nuevo durante el año siguiente. Navasky atribuía aquel aumento a sus campañas de correo directo, pero pocos dudaban del efecto Cockburn. «Golpear al diablo» cambió el rostro de *The Nation*, no sólo en las innumerables cartas que recibía y que

²² Sobre su despido de *The Village Voice* y su llegada a *The Nation*, véase el editorial de David Schneiderman y la respuesta de Alexander en la primera publicación, 18-24 de enero de 1984, seguido por las protestas de los lectores de la revista, 1-7 de febrero y el editorial de *The Nation*, 18 de febrero de 1984. Muchos años después Alexander recordaría que el primer artículo que escribió para *The Village Voice* sobre los palestinos, hacia 1973, fue censurado: véase «Palestine Down the Decades», en A. Cockburn y Jeffrey St Clair (eds.), *End Times: The Death of the Fourth Estate*, Petrolia y Oakland, 2007, p. 327.

²³ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 296, tras lo cual Alexander procedía a un cáustico juicio sobre el «fanfarroneo desordenado» del periodismo gonzo en general y el de Hunter S. Thompson en particular: «Como en el caso de Evel Knievel, las acrobacias de Thompson le exigían que fuera más alto y más lejos en cada sucesivo ultraje a la propiedad».

Alexander se complacía en responder *con brio*: nadie en la historia de la revista recibió y respondió a tantos desafíos de los lectores. Había encontrado su mejor audiencia.

Pero en el momento culminante de su éxito como el columnista más divertido y feroz de Nueva York, de reputada elegancia en su trato y su cultura, lo que le había atraído a Estados Unidos y convertido en el escritor que había llegado a ser, se iba esfumando. Había llegado en el dramático momento de la caída de Nixon y había prosperado durante los lacrimosos años de Carter, mientras los demócratas se adentraban en el reino del neoliberalismo e iniciaban su supeditación a los derechos humanos. El primer fruto de aquel giro fueron una fábula burlona sobre el «presidente del malestar», como llamaban a Carter, y una exploración pionera en ecología política, ambos coescritos con Ridgeway²⁴. Pero ya en 1976, en una pieza clarividente, Alexander previó el advenimiento de Reagan y presintió la agenda política que éste iba a encabezar. Una vez en la presidencia, Alexander no le dio tregua y escribió toda una sucesión de incisivos textos que se convertirían más tarde, en *Corruptions of Empire*, en los «Anales de la era Reagan», en el ocaso de su presidencia. Tampoco ahorró las críticas a la oposición postiza del partido demócrata. Poco después de incorporarse a *The Nation*, todavía firmó en 1984, junto a Andy Kopkind, una recomendación oblicua en favor del voto a Mondale, de la que pronto se retractó, y cuatro años después mantenía cierta esperanza en la Coalición Arco Iris que apoyaba a Jackson, que se desvaneció casi inmediatamente²⁵. Con respecto al sistema bipartidista, al final de

²⁴ A. Cockburn y J. Ridgeway, *Smoke: Another Jimmy Carter Adventure y Political Ecology*, Nueva York, 1978 y 1979, notable por su dantesca descripción del Metro de Nueva York en aquella época en «Cattlecar Civilization», pp. 159 y ss., y por las reflexiones finales de los editores sobre las ambiguas consecuencias para la liberación de la mujer de su incorporación en masa a la fuerza de trabajo bajo el reinado del capital: pp. 396-402 y ss.

²⁵ Compárese el final de A. Cockburn y A. Kopkind, «1984: The Left, the Democrats and the Future», *The Nation*, 21 de julio de 1984, en *Corruptions of Empire*, cit., pp. 374-375, con sus observaciones dos meses después: «Siguen diciendo que la mejor razón para votar por Walter Mondale es Ronald Reagan. Pero dado que Mondale se apresuró a cambiar su nombre y su identidad política por la de Reagan a mediados de septiembre, ese argumento no sigue teniendo el mismo peso que antes»: *Corruptions of Empire*, cit., p. 378. En cuanto a Jackson, véase su juicio provisional en la convención de Atlanta del Partido Demócrata en el verano de 1988, y el definitivo de la izquierda que Jackson llegó a representar, mucho después: «Sus partidarios a escala nacional –Bernard Sanders, Jesse Jackson, Michael Moore, Jim Hightower– son todos ellos unos falsarios»: A. Cockburn y J. St. Clair, *Imperial Crusades*, Londres y Nueva York, 2004, p. 52.

la década estaba convencido de que, como apunta la sabiduría popular, si se insiste en preferir el menor de dos males es muy posible que uno acabe cargando con ambos.

Durante la década de 1980 el desplazamiento hacia la derecha no era sólo político, sino también social y cultural; la corriente supuestamente liberal aceptó sin muchos remilgos el giro conservador, y lo más que se oía de los antiguos disidentes eran solo débiles quejidos. Aquélla fue la época del *The New Criterion*, «la única revista de su tipo que llega a las librerías cubierta de telarañas», cuando *Rolling Stone* se había convertido en un fanzine y *The Voice* estaba «tan descalabrada por la reforma política de los demócratas que necesitaba muletas para dar un paso»²⁶. El deterioro general del país afectaba igualmente a Nueva York. Durante la década de 1970 gran parte de la ciudad era poco segura y sus barrios se veían desatendidos, Manhattan perdía actividades económicas y el ayuntamiento se tambaleaba al borde de la bancarrota, pero cultural y políticamente la ciudad seguía vibrando con una vitalidad destartalada. Durante la década siguiente, con el despegue del *boom* de Reagan, los precios de los terrenos y las acciones subieron vertiginosamente y comenzó la era de promotores como Donald Trump e Ivan Boesky, que «proliferaban en Nueva York como cucarachas, buscando, con la intención de destruirla, cualquier estructura con unas mínimas pretensiones de dignidad y gracia»²⁷, mientras se intensificaba la polarización social que ha convertido desde entonces a Manhattan en una reserva para ricos. Alexander había disfrutado siempre de las incursiones aventureras en el *beau monde*, pero al igual que su padre, nunca cayó cautivo de él. La metrópolis, cada vez más embrutecida bajo el peso de plutócratas entumecidos, intelectuales serviles y vagabundos sin hogar hambrientos y muertos de frío, perdió su prestancia. Pese a su fácil acceso a muchos de sus medios, sus únicos amigos en Nueva York eran de un modo u otro marginales: Edward Said, palestino en la más sólida fortaleza del sionismo; Andy Kopkind, gay confeso de Nueva Inglaterra; Ben Sonnenberg, tullido por la esclerosis en una floresta de gimnasios. A mediados de la década pasaba cada vez

²⁶ A. Cockburn, *Corruptions of Empire*, cit., p. 399.

²⁷ *Ibid.*, pp. 136-137: «Si hubiera sido el Pentágono el que hubiera amenazado con tal destrucción mediante bombardeos aéreos, podría quedar una hebra de esperanza: es muy probable que los proyectiles cayeran lejos de su blanco y sólo desintegraran un hospital o una escuela. Pero con los promotores inmobiliarios no tenemos ni siquiera el confort de esa incertidumbre. Llega la orden de demolición y las excavadoras inician su trabajo al amanecer».

más tiempo en otros lugares, Vermont o Key West. Finalmente, la turbulencia en su vida personal puso fin a su estancia en Central Park West. Cuando salió a la luz *Corruptions of Empire* él se hallaba recorriendo de un extremo a otro el país.

A la Costa Perdida

El libro, que fue un gran éxito popular, lo puso en contacto directo con sus lectores, mientras viajaba por todo el país hablando sobre él en pequeñas ciudades, campus universitarios y librerías independientes, arrastrando maltrechas maletas atiborradas con sus papeles, a menudo en uno de aquellos clásicos automóviles de las décadas de 1950 y 1960 que comenzó a coleccionar. Los movimientos de solidaridad con Centroamérica, Palestina o Sudáfrica con los que estaba profundamente comprometido proporcionaban la infraestructura para esas reuniones por todo el país. Cuando apareció en 1988 la segunda edición ampliada de *Corruptions of Empire* él residía en un hotel barato en Aptos (6.000 habitantes), justo al sur de Santa Cruz, atraído hasta allí por su amistad con Frank Bardacke, historiador y activista político de la United Farm Workers, que vivía en la cercana Watsonville; también lo bastante cerca como para mantener un ojo atento sobre su hija Daisy, que estudiaba en la Universidad de California en Santa Cruz. Pronto se acostumbró a acercarse hasta Topanga, no lejos de la Universidad de California en Los Angeles, para trabajar con Susanna Hecht en el libro que publicaron en 1990 sobre la Amazonia, *The Fate of the Forest*, una obra maestra del género. En diciembre anotaba lacónicamente:

El año que viene habrá que decir adiós a Aptos y el Adobe. Parece que podré comprar la casa en Petrolia junto al río Mattole, en el condado de Humboldt, justo al sur del cabo Mendocino. Deben de ser los genes. Mi padre abandonó la vida urbana por la rural en Irlanda cuando tenía poco más de cuarenta años. Yo ya tengo cuarenta y nueve, pero no he vivido realmente en una gran ciudad desde mediados de la década pasada. La vida en un motel está bien, pero el tráfico de drogas aquí en el Adobe se está volviendo peligroso²⁸.

Al verano siguiente escribía desde Petrolia, una aldea de unas 350 almas en la Costa Perdida, a cinco o seis horas de automóvil al norte de San Francisco.

²⁸ A. Cockburn, *The Golden Age Is In Us*, Londres y Nueva York, 1995, p. 186.

Allí reconstruyó la cabaña que había comprado convirtiéndola en un ranchito que daba la espalda a una empinada colina boscosa, con el río corriendo bajo un majestuoso risco calizo a unos cincuenta metros al frente, justo al otro lado de la modesta carretera que atraviesa el valle. A ese modesto y encantador ambiente añadió una biblioteca, un cuarto oscuro, un corral, un jardín, un huerto, una sidrería y una torreta en la colina trasera. Esos anejos, decorados con murales, esculturas, un emparado, frisos en escayola de la vida rural o la lucha guerrillera, acabaron rodeando la casa, que convirtió en una desenfadada *Wunderkammer* de objetos, dibujos, fotografías, pinturas, chucherías del gusto plebeyo americano de todas las épocas, desde la década de 1920 hasta la de 1970, conseguidas en subastas o tiendas de cachivaches de todo el país. Al retirarse allí invocaba el ejemplo de su padre, pero si aquella creación era cuestión de genes, eran probablemente los heredados de los dones artísticos y la sensibilidad rústica de su madre. Alexander, un artesano con las palabras, lo era también –a diferencia de Claud– con los objetos, modificando a su gusto cualquier cosa, desde un fregadero o lavabo de madera hasta una cama plegable o una colcha de muselina, recurriendo a la ayuda de los artesanos locales para construir aquella extraña *Gesamtkunstwerk* en la que se convirtió con el tiempo su hogar en Petrolia, en el que le acompañaban caballos, gatos, un perro, periquitos y una cacatúa.

Todo aquello costaba dinero. En sus gastos Alexander difería muy poco de Claud, algo de lo que era consciente: «El inagotable optimismo de mi padre, que mantuvo con heroica tenacidad prácticamente hasta el momento de su muerte [...] para librarse del desastre financiero, condicionó en gran medida mi actitud hacia el crédito»²⁹. Pero su avidez mucho mayor de todo lo tangible, sus gustos –automovilísticos, vestimentarios, arquitectónicos– aunque nunca excesivos, sí más caros, dieron mayor dimensión a sus deudas, y aunque sus ingresos fueran quizá más altos, no eran necesariamente más continuos o seguros: un columnista puede verse en la indigencia de un día para otro. De modo que podía ser igualmente descuidado –o impasible– en cuestiones financieras, lo que fue causa de las únicas tensiones –dejando a un lado las diferencias políticas– que pude observar con sus muchas amistades, aunque las rupturas solían aliviarse al cabo de un tiempo. Era el reverso de su estilo independiente, a su modo opuesto a cualquier interés egoísta ordinario: podía ignorar

²⁹ A. Cockburn, *Corruptions of Empire*, cit., p. 14.

una deuda que otros respetarían, como podría abandonar un puesto que otros codiciarían. Algo parecido se podría decir de sus relaciones con las mujeres. Pocos hombres podían serles más atractivos; los rechazos debieron de ser bien raros. A veces se decía que tenía una debilidad por las acomodadas, y es cierto que entre sus amigas hubo varias conocidas por su riqueza o su cuna. Pero la gama de sus afectos no conocía distinciones de clase: desde Londres hasta Petrolia, podía prendarse tan fácilmente de una chica de clase obrera como de la hija de un millonario, y a menudo de forma más duradera. Con pocas excepciones, mantuvo la amistad con sus antiguas amantes, que solían guardar buenos recuerdos de él. Pero nunca se comprometió totalmente con ninguna mujer. Creo que la razón pudo estar en parte en la intensidad de su amor por su padre, con el que ningún otro ser humano podía competir; pero también tenía que ver con su afán de independencia. La vida de los sentidos y sus pasiones era sustancial para él, pero se resistía a los ritmos de la vida en común, a los que nunca se adaptó. La lejanía de Petrolia era una defensa frente a ellos: pocas mujeres se habrían atrevido a compartirla.

Sonnenberg podía comparar la Costa Perdida con Kamchatka, pero su lejanía no significaba aislamiento: aunque *The Wall Street Journal* dejó de publicar sus artículos en 1990 y la revista de libros de *The New York Times* mucho antes, a mediados de la década de 1990 seguía deleitando y escandalizando a los lectores de *The Nation*, se había ganado una columna en *Los Angeles Times* y aparecía a través de agencias en muchas pequeñas publicaciones de todo el país, por no hablar de su periódico local más radical, el *Anderson Valley Advertiser* del condado cercano de Mendocino. En su distanciamiento tuvo más importancia una nueva espiral descendente en el ambiente político. Durante la década de 1980 se había producido un desplazamiento hacia la derecha del centro de gravedad del sistema político estadounidense bajo la presidencia de Reagan, pero en los márgenes o fuera de él existía todavía un vigoroso movimiento de solidaridad con las revoluciones centroamericanas que Washington estaba decidido a estrangular. La década de 1990 se inició con los sobornos a políticos de los dos partidos para comprar su apoyo a los contras nicaragüenses. En la época en que Alexander se asentó en la costa oeste, los sandinistas habían sido ya vencidos en Nicaragua y su movimiento había quedado fuera de juego. Un año después llegó el triunfo sobre el Imperio del Mal y la victoria de la Operación Tormenta del Desierto. Lo peor llegó con la presidencia de Clinton: una corrección del rumbo del orden dominante cuya desmovilización de la oposición

superaba con mucho cualquiera de los débiles paliativos que ofrecía a la influencia abrumadora del neoliberalismo en el país, por no hablar de su insolente ofensiva imperial en el extranjero.

Fue en ese contexto deprimente en el que Alexander escribió la más lograda de todas sus obras, *The Golden Age Is In Us*, cuyo propio título –y el epígrafe de Lévi-Strauss– desafiaban al tiempo. Presentado como un registro de sus «viajes y encuentros» entre 1987 y 1994, concediendo un espacio a cada momento y cada lugar, el libro es una retroconstrucción bellamente diseñada de su vida y sus escritos durante aquellos años, intercalados con cartas –indignadas, divertidas o jubilosas– de enemigos, amigos y lectores en general. El libro, compuesto y fechado en una narrativa *ex post facto*, cambia sin esfuerzo de registro, de lo literario a lo histórico, de lo existencial a lo polémico, de lo anecdótico a lo analítico, de lo satírico a lo biográfico, bajo el firmamento general de la política.

Desde un principio, mucho antes de que Clinton fuera elegido presidente, Alexander previó lo que el gobernador de Arkansas, encenagado en las actividades ilícitas en su estado y enredado en las conexiones con el programa de la Contra, iba a significar como presidente del país: empleos Walmart para la mayoría y perdones como el de Marc Rich para unos pocos. Al cabo de cinco meses de su toma de posesión escribía: «El gobierno de Clinton está acabado, aunque se mantenga arrastrándose en un crepúsculo cada vez más oscuro de nuevos comienzos y frescas mañanas». Su propio lenguaje revelaba su visión: «Las frases desaliñadas y cansadas de Clinton gravitan renqueantes sobre la realidad de Estados Unidos como los contoneos de un obeso corredor dominguero falto de aliento»³⁰. Sobre su aspiración a la fama diplomática, Alexander escribió, abandonando la burla, frases que siguen siendo de implacable actualidad hoy día:

Se necesitaría la pluma de un Swift para reflejar la nauseabunda escena de hipocresía, mala fe y autoengaño que se ha vivido hoy en el césped de la Casa Blanca, atestado de gente que durante muchos años fue cómplice de la carnicería y la tortura de los palestinos y el rechazo de sus derechos, y que ahora aplauden el «apretón de manos simbólico» que de hecho ratifica una nueva negación de esos mismos derechos. A la sombra del presidente estadounidense con el aplomo y verborrea del director de una franquicia de McDonald's, Arafat empleó una oratoria tan escuálida que hacía a Rabin sonar como un Cicerón.

³⁰ A. Cockburn, *The Golden Age Is In Us*, cit., p. 330; *A Colossal Wreck*, cit., p. 73.

En este momento los palestinos obtienen el derecho a gestionar la mayor prisión del mundo, la Franja de Gaza, más una ciudad aterrorizada. Es como si en 1921 los irlandeses hubieran obtenido Tralee más unos pocos kilómetros cuadrados en torno a West Cork, mientras los británicos mantenían bajo su mando toda la mitad oriental, Belfast, Dublín, Waterford, además de todos los recursos, con su ejército autorizado para rondar todos los enclaves irlandeses, fragmentados por autopistas británicas y privados de agua. No habrá una soberanía palestina y su economía seguirá totalmente subordinada a la de Israel³¹.

Lejos de Estados Unidos, los travestidos de la Revolución Francesa en su bicentenario —«todos esos monárquicos económicos atrincherados tras sus vidrios a prueba de balas en los Campos Elíseos», que contemplaban el desfile kitsch de Mitterrand como bajo una luz estroboscópica— fueron seguidos por la cremación de la Revolución Rusa en «metros cúbicos de cháchara insustancial» de Gorbachov y la nostalgia desesperada de quienes trataban de derrocarlo³². *The Golden Age Is In Us* concluye con la muerte de Andy Kopkind y el recuerdo de la de Patricia cinco años antes; pero su efecto es el opuesto al de un canto fúnebre: desde la primera página hasta la última es entretenido, inspirador, levanta el ánimo. El párrafo inicial desde Key West da el tono:

Esta mañana hubo un funeral en el cementerio al otro lado de la calle: un negro tocaba al viejo estilo un tambor frente al ataúd. Bum, bum, bum. Me vi a mí mismo ensayando la música para mi propio funeral: el aria del principio de *Così fan tutte*, cantada por cincuenta chicas.

Los funerales de los izquierdistas pueden ser como un juicio: demasiados vínculos sentenciosos del ser humano fallecido con la marcha hacia el futuro de la historia, lamentablemente obstruida³³.

Devolviendo los golpes

Cuando apareció *The Golden Age* en 1995 Alexander se había unido a Ken Silverstein, que había sido uno de sus becarios en *The Nation*, como coeditor de *CounterPunch*, un boletín quincenal que el segundo había creado en Washington siguiendo poco más o menos el modelo de *I. F. Stone's Weekly*, centrándose en los escándalos y corrupciones de la capital del país. Un año después ambos colaboraron en un libro que pasaba la guadaña por la

³¹ A. Cockburn, *The Golden Age Is In Us*, cit., p. 346.

³² *Ibid.*, pp. 110-111, 77, 223-224.

³³ *Ibid.*, p. 5.

tundra política de gacetilleros, apañadores, expertos, cabilderos, aduladores, y cotillas que pululaban en la capital y sus alrededores. En sus retratos de los principales periodistas y comentaristas de la época, *Washington Babylon* era como una reedición de «Press Clips»³⁴; pero la inspiración para el proyecto venía de mucho más atrás, de la obra que Claud escribió para pagarse su viaje de regreso a Europa, *High Low Washington*, publicado con el *nom de guerre* «30-32». Claud, que había conocido de cerca las entretelas del sistema político estadounidense bajo el gobierno de Hoover, albergaba pocas ilusiones de que se viera sustancialmente alterado por la llegada de Roosevelt, quien probablemente llegaría al poder impulsado por «el resentimiento, el desconcierto y la creencia imbécil en soluciones fáciles para contradicciones gigantescas» de los votantes de un país cuyo futuro era el de «una gran potencia militar y naval irrevocablemente lanzada a una carrera de imperialismo financiero y comercial». Ajustándose al estilo de la época, el juicio de Claud sobre el papel de demócratas y republicanos en el firmamento político podría haber sido escrito igualmente por su hijo. El último párrafo de *Washington Babylon* decía: «Hay momentos en que la opinión pública estadounidense, con su mezcla de cinismo, indulgencia y devoción a sus dos partidos históricos, recuerda a aquel anciano de Jartún, de quien se dice que

Guardaba dos ovejas negras en su casa,
De las que decía: me recuerdan
a dos amigos que murieron;
Pero no puedo recordar exactamente quiénes eran³⁵.

A raíz de la publicación de *Washington Babylon*, y quizá debido a ella, la columna de Alexander en *The Nation*, que había constituido siempre una especie de territorio liberado dentro de su régimen normalizado, se contrajo. Con su nueva directora, Katrina van den Heuvel, un nuevo diseño de la revista a finales de 1995 había degradado su formato de una doble

³⁴ Rush Limbaugh, «el dirigible de la estupidez», Sidney Blumenthal, ese «notorio pelota de Clinton», Michael Kinsley, «que recibió las órdenes sagradas en la Catedral de San Microsoft en Seattle», Thomas Friedman, «madurando en el tonel de la autoalabanza en *The New York Times*»... Se dibujaba ahí, más claramente aún que en *Corruptions of Empire*, una frontera cronológica entre la primera mitad de la década de 1970 y lo que vino a continuación: «La historia de *Washington Babylon* es la de cómo un momento de optimismo en la vida política estadounidense, inmediatamente después del Watergate y de la denuncia de aquel escándalo, fue traicionado y destruido. Lo que es notable, efectivamente, es cómo la era Nixon, cuando se compara con el actual estado de cosas, parece una época de ilustración y promesas»: A. Cockburn y K. Silverstein *Washington Babylon*, Londres y Nueva York, 2000, pp. 11, 7, 25-26, vii-ix.

³⁵ C. Cockburn, *High Low Washington*, Nueva York, 1932, pp. 267-268.

página a una impar y su reverso, y en 1997 su extensión se redujo a una sola página. Con sus energías debilitadas, al año siguiente produjo junto a Jeffrey St Clair *White-out: CIA, Drugs and the Press*, una investigación sobre la práctica habitual de la CIA de aprovechar el tráfico de narcóticos en todo el mundo para financiar sus operaciones encubiertas, y cuando Silverstein dejó *CounterPunch* para escribir un libro propio, St Clair se unió a Alexander en la revista como codirector a principios de 1999. Era todavía una modesta revistilla de seis a ocho páginas, publicada fuera de Washington, que aparecía cada dos semanas y cerraba durante un mes durante el verano, cuya circulación no había aumentado apenas por encima del millar inicial de lectores y que existía únicamente en forma impresa.

El 11 de septiembre de 2001 cambió todo esto de la noche a la mañana. Aquel mismo día *CounterPunch* estaba desde muy temprano en línea con la reflexión de sus directores. La respuesta fue inmediata. Desde aquel mismo momento aparecía cada día una nueva edición y el número de sus lectores creció vertiginosamente. En febrero de 2002 se publicaba desde Petrolia, encargándose Becky Grant, valiente amiga y vecina de Alexander, de toda la infraestructura material y financiera. Durante unos pocos años el tráfico en la red de *CounterPunch* superó al de *The Washington Post* o *Los Angeles Times*. En 2007 Alexander y Jeff podían escribir: «Al final de cada mes podemos ver aquí en *CounterPunch* que cada día superamos los tres millones de accesos, con 300.000 lecturas de página y 100.000 visitantes distintos, y vemos que tenemos unos 15.000 lectores regulares en las bases militares estadounidenses de todo el mundo. Por el momento, la lucha de David contra Goliat de los panfletistas de izquierda contra los vastos conglomerados de los barones de la prensa parece igualada»³⁶.

La vida de Alexander en Petrolia, como la de Jeff en Portland, se vio transformada por las exigencias de aquel despegue. *CounterPunch* se convirtió para Alexander en lo que *The Week* había sido para Claud: una publicación artesanal muy austera en la que tanto él como Jeff disfrutaban de una libertad e independencia completas que ningún periodista que trabaje para un propietario conoce.

³⁶ A. Cockburn y J. St. Clair, *End Times*, cit., pp. 1-2. «David y Goliat» era el título que Claud había dado a su capítulo sobre el uso por Otto Schuette del «humilde ciclostil» en su victoriosa batalla contra el conglomerado radiofónico en *High Low Washington*, cit., pp. 161-162, 21. Alexander, aun celebrando las posibilidades de Internet como medio sucesor, precavía contra la idea de que pudiera suplir otras deficiencias: «Por ahora, al menos, tenemos la red. Estamos infinitamente mejor provistos que hace treinta años. El verdadero problema es que la izquierda no tiene demasiadas ideas. Deberíamos dejar de lamentarnos de las grandes corporaciones de la prensa corporativa y avanzar en la elaboración de un nuevo programa»: *End Times*, cit., p. 108.

El ordenador había sustituido al ciclostil, y el comentario se sobreponía ahora a las noticias (de las que los hermanos de Alexander, Andrew y Patrick, mantenían a la revista bien surtida desde Washington y Oriente Medio). Pero la pasión tras el proyecto, el ímpetu de su ataque, y muy notablemente el ámbito internacional de su público lector eran los mismos, a diferencia de los de cualquier otra publicación radical en Estados Unidos antes o después.

Aun así, diferían en un aspecto importante. Como periodista, Claud tendía –temperamentalmente, aunque no siempre circunstancialmente– a trabajar aislado, mientras que el caso de Alexander era, quizá sorprendentemente, el contrario. Pocos prosistas han sido tan inimitables, pero la extrema individualidad de su estilo no implicaba ningún individualismo en su práctica. Su medio natural era por el contrario la colaboración. De los diecisiete libros que publicó, trece fueron escritos junto a otros autores: Robin Blackburn, Jim Ridgeway, Andy Kopkind, Susanna Hecht, Ken Silverstein o Jeff St Clair, por no hablar de JoAnn Wypijewski, sin la que *The Golden Age* nunca podría haber cobrado forma, fueron algunos de esos compañeros de la izquierda con los que estuvo continuamente comprometido en tareas comunes³⁷.

Su relación con *The Nation* se había debilitado ya antes de que despegara *CounterPunch*, y después el lazo se fue haciendo cada vez más tenue. En 2008 su columna «Beat the Devil» –que se había reducido a la mitad en 1997³⁸– volvió a verse mermada, convirtiéndose en una colaboración mensual. El resultado fue una relación insana por ambas partes: un colaborador que escribía sobre todo –tal vez únicamente– para llegar a fin de mes, mientras que los editores se sentían molestos con la aparición de sus mejores textos en su propia revista y no en la suya. Para *The Nation* había sido un imán mientras duró la presidencia republicana, pero una vez que llegó el demócrata Clinton eran inevitables las caras largas. Navasky, que era quien había contratado a Alexander, apreciaba su alta cotización y era de disposición tolerante, pero su infatigable afabilidad con

³⁷ Sobre los recuerdos que dejó de esas colaboraciones, véanse Jeff St. Clair, «Farewell, Alex, My Friend», *CounterPunch*, 23-25 de julio de 2012; James Ridgeway, «Remembering Alex Cockburn: Sharing a column, plenty of arguments, and even more laughs with one of America's sharpest poison pens», *Mother Jones*, 23 de julio de 2012; y Ken Silverstein, «A Brilliant Life: Remembering Alexander Cockburn», *Harper's*, 25 de julio de 2012.

³⁸ Sobre su digna reacción a ese cambio, véase «Satan Lite», *The Nation*, 5 de mayo de 1997.

banqueros, senadores, industriales, estrellas cinematográficas y abogados empresariales, así como con el personal fijo y los becarios, se acomodaba mal con los «malintencionados desaires» de Alexander hacia tantos amables amigos o colaboradores liberales³⁹. Sus memorias dejan claro hasta qué punto prefería la compañía de Christopher Hitchens, al que dedica un espacio cuatro veces mayor, lamentando afectuosamente que hubiera abandonado *The Nation* por su apoyo a la guerra contra Iraq, pese a que a la revista le hubiera gustado mantenerlo en nómina⁴⁰. Por aquella época Alexander era en general más tolerado que bien acogido, las páginas de Cartas que en otro tiempo había alumbrado habían desaparecido, y sus seguidores preferían leerlo en otras publicaciones. Cuando murió se había convertido en el columnista de más larga trayectoria en la historia de la revista, lo que en cierto sentido atestigua la paciencia de sus editores; pero como relación significativa el lazo que los unía había muerto mucho antes.

Paisajes decadentes

A Colossal Wreck es, tal como Alexander pretendía, una prolongación de *The Golden Age Is In Us*; pero en razón de los cambios en su vida una vez que se trasladó a Petrolia, y de su prematuro fallecimiento, el libro difiere de su predecesor en diversos aspectos. No sabemos cuánto tiempo llevaba proyectando algo de ese tipo. Cuando en 2010 temió por su vida, se lo había mencionado tan solo a algunos familiares, pero nadie más podía adivinarlo. Cuando falleció, en julio de 2012, trabajaba en sus voluminosos archivos con ayuda de Daisy, reduciéndolos y arreglándolos para el libro en proyecto, del que había puesto en limpio unas dos terceras partes; el resto estaba por hacer. Tampoco sabemos cómo habría integrado y enmarcado el conjunto de la obra, pero el libro ha sido editado con gran inteligencia y habilidad, y con esa salvedad se puede considerar cercano a lo que él habría querido. Cubre un periodo temporal mucho más largo que *The Golden Age* –dieciocho años en vez de ocho– y sus capítulos más apretados y menos meditativos reflejan un ritmo de vida convulso. En Petrolia, la prodigiosa capacidad creativa de Alexander estaba dirigida no sólo a construir, gestionar (y expandir continuamente) una especie de microambiente total junto al Mattole, sino sobre todo a dirigir una empresa político-periodística mucho más intensa

³⁹ «Alexander Cockburn: He Beat the Devil», *The Nation*, 13-20 de agosto de 2012.

⁴⁰ Véase, Victor S. Navasky, *A Matter of Opinion*, Nueva York, 2005, pp. 246 y 189-191, etc. Sobre sí mismo, Navasky escribe llanamente: «Yo era, supongo, lo que se llamaría un liberal de izquierdas, aunque nunca me pensé a mí mismo tan a la izquierda»: p. 111.

que nunca en sus exigencias, al ser diarias y no semanales o quincenales. En su forma publicada, el lugar de *CounterPunch* en la composición de *A Colossal Wreck* –la fuente, de un modo u otro, de su mayor parte, probablemente– no se evidencia; está ausente incluso del índice. Esto habría sido ciertamente remediado si Alexander hubiera vivido lo suficiente para dar forma al libro, pero se puede percibir en él el *tempo* del periódico.

Políticamente no había vuelta atrás. En su *User's Manual* sobre Gore en 2000, Cockburn y St Clair lo demolieron, señalando su inclinación evangélica por aventuras en el extranjero, mayor aún que la de Clinton, y su pesada carga de odio de Arkansas que arrastró hasta su derrota. En 2004 desenmascaraban en «¿Anybody but Bush?» la sandia pretensión de que Kerry, que alardeaba de sus medallas en Vietnam y cuyo portavoz explicaba que no habría cambiado su voto sobre el ataque a Iraq aunque hubiera sabido que no poseía armas de destrucción masiva, fuera una seria alternativa al presidente saliente: «La cuestión política central en Estados Unidos es la decadencia del sistema político y de los dos partidos principales que se reparten sus despojos. Mire uno adonde mire, ya sean los distritos divididos para favorecer a unos o a otros, los métodos de escrutinio y recuento o la recaudación de fondos, ve alzarse los vapores espesos de la corrupción que emana de una vasta ciénaga»⁴¹. Y en lugar de centrarse incansablemente en ella, la izquierda se ponía a sí misma en ridículo indignándose por la «traición» de Karl Rove al filtrar la identidad de una agente encubierta de la CIA, como si eso no hubiera sido de hecho beneficioso. La realidad era que «Rove y Cheney son la réplica de Bouvard y Pécuchet que ofrece la Casa Blanca, consejeros que han llevado a George W. Bush al nivel más bajo de la presidencia estadounidense. Pero la izquierda sigue obsesionada con sus poderes maléficos. ¿Hay mejor testimonio de la vacuidad e impotencia de la infinitamente alabada “blogosfera”?»⁴².

Ya en 2006, antes de que Obama fuera siquiera candidato a la presidencia, Alexander sabía qué cabía esperar del «escurridizo senador por Illinois» y su «puré regurgitado de Sueño Americano», observando: «Antes creía que el senador Joe Lieberman era el hombre cuya voz menos me gustaría escuchar a todo volumen si me encadenaran frente

⁴¹ A. Cockburn, «The Year Of Surrendering Quietly», *NLR* 29, septiembre-octubre, 2004, p. 23 [en cast: «La rendición silenciosa», *NLR* 29, noviembre-diciembre de 2004, p. 20].

⁴² A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 344.

a un altavoz en Guantánamo, pero creo que Obama es peor»⁴³. Una semana antes de la elección presidencial de 2008, escribió: «Quienes aseguran que si fuera blanco llegaría sin esfuerzos a la Casa Blanca no entienden que sin su característica física más evidente, Obama sería juzgado como un senador de segunda fila con credenciales muy poco impresionantes». Su único logro fue reunir un gran fondo para la campaña «que si hubiera sido recaudado por un republicano, suscitaría una atronadora queja liberal»⁴⁴. Que alguien pudiera sentirse desilusionado por sus decisiones durante su presidencia era risible.

Tales juicios sobre el sistema político del país no afectaban a la totalidad de todo éste, sino que en realidad sucedía lo contrario: a medida que el panorama del poder y su fauna le resultaba cada vez más repelente, la adhesión de Alexander al paisaje físico y humano de Estados Unidos se hacía quizá aún más fuerte. En *A Colossal Wreck* se palpa de principio a fin su amor por el interior y su respeto a la gente corriente que vive allí. «Podía interesarse por cualquiera o cualquier cosa, y por eso se llevaba tan bien con los niños», observa Andrew en su introducción, destacando acertadamente la descripción de un viaje a Midland, la pequeña ciudad petrolera de Texas donde creció Bush Jr., como característica de la extraordinaria sensibilidad de su hermano hacia personas y lugares⁴⁵. Al adquirir finalmente la nacionalidad estadounidense a finales de 2009, Alexander podía observar: «He vivido en distintas regiones de Estados Unidos y los he cruzado quizá cuarenta veces, lo que no es difícil cuando uno vive en la Costa Oeste y compra viejos automóviles a un amigo en el sureste. Conozco el país tanto como cualquiera, si no mejor»⁴⁶. Se sentía totalmente a gusto con quienquiera que encontraba, y su descripción de Claud es igualmente cierta de sí mismo: «Era instruido pero no avasallador, cultivado pero nunca displicente. Respetaba y disfrutaba de la gente de todos los niveles sociales y edades»⁴⁷.

¿Qué significaba para su perspectiva política ese amor por *l'Amérique profonde*, como lo ha llamado Robin Blackburn? Escribiendo desde el motel Adobe en Aptos en noviembre de 1989, en el último artículo que publicó en el *TLS*, Alexander comentaba una huelga durante todo un año de los trabajadores de empaquetamiento agrícola de Watsonville: «Estados Unidos

⁴³ *Ibid.*, pp. 357-358.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 411.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. ix-x.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 444.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 269.

es mucho más radical de lo que muchos imaginan»⁴⁸. Allí donde cuajaba la resistencia frente al orden del capital, él respondía con entusiasmo. Una década después celebraba una acción muy destacada:

Cinco días en Seattle nos han traído una victoria tras otra, superando las mayores esperanzas de los combatientes callejeros. Los manifestantes –inicialmente menospreciados y denunciados por los respetables «estrategas internos», despreciados por la prensa, gaseados y ensangrentados por la policía y la Guardia Nacional– bloquearon la ceremonia de inauguración, impidieron a Clinton dirigirse a los delegados de la omc en la gala nocturna del miércoles, impusieron a los grandes medios el giro desde las arrogantes denuncias de «anarquía insensata» a duras críticas de la brutalidad policial, y obligaron a la omc a cancelar su ceremonia de clausura y a disolverse en medio del desorden y la confusión, sin una agenda para la próxima reunión.

En los anales de la protesta popular en Estados Unidos, aquellas fueron horas brillantes, totalmente al margen de la arena convencional de la protesta ordenada y el activismo de los libros blancos y los tímidos balidos de los líderes profesionales de los grandes sindicatos y las organizaciones ecologistas. Aquélla era verdaderamente una insurgencia desde abajo en la que quienes trataron de moderar y desviar el flujo turbulento de la cólera popular no hicieron más que ponerse en ridículo⁴⁹.

¿Pero y después de Seattle? Aquel mismo año, Alexander había observado: «Como fuerza capaz de revigorar nuestro ADN político, la izquierda se halla en un estado terrible»⁵⁰. Al iniciarse el nuevo milenio, todavía empeoró: tras su desastroso fracaso en el intento de enmendar al gobierno demócrata durante la década de 1990, se produjo un continuo declive en la confianza política y la ambición de la izquierda; careció de cualquier estrategia o una teoría coherente bajo el gobierno de Bush; se desvaneció incluso en la movilización contra la guerra en Iraq. Aunque los

⁴⁸ A. Cockburn, «Convulsions in California», *Times Literary Supplement*, 3 de noviembre de 1989.

⁴⁹ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., pp. 159-160. Este pasaje proviene del vívido reportaje y análisis sobre el ascenso y su declive, elaborado junto con Jeff St. Clair, *5 Days That Shook the World: Seattle and Beyond*, Londres y Nueva York, 2000, p. 113.

⁵⁰ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 148. Entre sus deformaciones, como ya había señalado en la década de 1990, había una obsesión por las teorías de la conspiración, desde el asesinato de Kennedy hasta los atentados del 11 de Septiembre. Sobre el primero, incurrió en la ira de Oliver Stone por su famosa frase: «Que JFK muriera por los disparos de un asesino solitario o fuera víctima de una conspiración tiene tan poco que ver con los perfiles subsiguientes de la política estadounidense como si hubiera resbalado con una de las muñecas de Carolina y se hubiera roto el cuello en la guardería de la Casa Blanca»: *The Golden Age Is In Us*, cit., p. 253.

demócratas habían reconquistado el Congreso en 2006, tras un montón de derrotas, «lo más irónico es que esa dura desilusión de los votantes no debe casi nada al movimiento antiguerra. Decir que éste está muerto sería una exageración, pero no excesiva»⁵¹. Bastaba comparar su alimentación gota a gota con la oposición a las guerras en Vietnam y en Centroamérica. Las fundaciones sin ánimo de lucro habían reducido la mayor parte del «sector progresista» a la dependencia de la filantropía empresarial, mientras que la mayoría de los grupos sectarios que en otro tiempo habían proporcionado «un campo de entrenamiento para los jóvenes, que podían aprender en ellas los rudimentos de la economía política y la disciplina organizativa, encontrar compañeros adecuados y desempeñar un papel en la reproducción de la izquierda», se habían hundido⁵². Con las muertes de Said y Sonnenberg, pérdidas que él sintió tan dolorosamente como la de Kopkind, también habían menguado las filas de sus amigos⁵³.

Pero las jeremiadas le eran ajenas. Durante toda su vida Alexander fue siempre instintivamente positivo. Como polemista era salvaje, pero nunca amargo. A menudo repetía una máxima de Claud: «No se llega muy lejos haciendo a la gente sentirse mal»⁵⁴. Una izquierda que era continua portadora de malos presagios sólo podía autoanularse. Como él mismo decía: «No puedes pasarte la vida tapándote la nariz»⁵⁵. Regañaba a quienes consideraba culpables de propagar un pesimismo innecesario; más de una vez a mí mismo (aunque yo negara naturalmente la acusación)⁵⁶. Durante sus últimos años aquella cordialidad y confianza en el futuro que le eran propias, expresión tanto de su temperamento como de su convicción, no desaparecieron con el debilitamiento de la izquierda, pero bajo su presión se produjo un desplazamiento. ¿Quién estaba ahora alimentando «esas energías vitales idealistas que siempre se mueven por el firmamento estadounidense, esperando la liberación?»⁵⁷. El radicalismo se había desplazado cada vez más hacia la derecha. Durante dos décadas, aunque seguía siendo tan impotente como la izquierda, era allí donde se había

⁵¹ A. Cockburn, «Whatever Happened to the Anti-War Movement?», *NLR* 46, jul-ago de 2007, p. 29 [en cast: «¿Dónde está el movimiento antibelicista estadounidense?», septiembre-octubre de 2007, p. 27].

⁵² A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 456.

⁵³ Escribió obituarios para los tres: Andy Kopkind en *The Golden Age Is In Us*, cit., pp. 420-424; y Edward Said y Ben Sonnenberg en *A Colossal Wreck*, cit., pp. 242-244 y pp. 470-474.

⁵⁴ A. Cockburn, *Corruptions of Empire*, cit., p. 402.

⁵⁵ A. Cockburn, *The Golden Age Is In Us*, cit., p. 300.

⁵⁶ *Inter alia*, A. Cockburn y J. St. Clair, *5 Days That Shook the World*, cit., p. 4.

⁵⁷ A. Cockburn, «The Year Of Surrendering Quietly», cit., p. 25.

concentrado el 80 por 100 de la energía política del país. El Tea Party, pese a las despectivas invectivas de la izquierda, era un auténtico movimiento popular –aunque sólo expresara «la furia y frustración de una gran franja de los estadounidenses blancos a cargo de pequeños negocios»– que ella no había conseguido generar. En otros lugares las «masas abandonadas», tachadas de ineducables, estaban retrocediendo a la Declaración de Derechos y la Segunda Enmienda⁵⁸. Tenían su simpatía.

Al hilo de esto iban otras dos discrepancias con quienes más lo admiraban. Defendía la libre posesión de armas de fuego como patrimonio de la Revolución Americana, entendiendo sus exhibiciones como muestras vibrantes de corrientes antigubernamentales en la cultura popular. El precio a pagar por el control de armas, al conceder mayor poder al Estado, sería mayor que cualquier beneficio en seguridad. Y también desdeñaba el calentamiento global,teniéndolo por intimidación. Esas dos posiciones, a menudo cargadas de un populismo mostrenco, no tenían empero la misma trascendencia. La primera era acorde con un sentimiento popular realmente arraigado, sobre una cuestión relativamente marginal en el amplio esquema del capitalismo estadounidense, sobre la que ningún político del país iba más allá de los deseos piadosos. La segunda, en cambio, referida a una cuestión fundamental sobre la que el sentimiento popular era en general de una indiferencia perpleja, tenía el respaldo empresarial de las industrias extractivas y químicas. ¿Qué era lo que impulsaba los quijotescos ataques de Alexander contra el «calentamientismo», como él lo llamaba? Una suspicacia de artesano hacia la gran ciencia; demasiada confianza en amigos que se sentían autorizados a hablar sobre el tema; su apego a los viejos tubos de escape anteriores a los convertidores catalíticos; quizá el capricho de *épater* a los contertulios y el rechazo de la corrección política en cualquiera de sus formas⁵⁹. Consciente de su aislamiento sobre esos temas, era muy sensible a ellos, desvinculándose de la *NLR* en 2010 tras un ensayo de Mike Davis sobre el antropoceno, aunque volvió poco después⁶⁰. En cada una

⁵⁸ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., pp. 476, 23.

⁵⁹ En la década de 1990, observaba, «nos vimos de repente atravesando las yermas tierras de la corrección política [donde] la preferencia sexual (no heterosexual) se convirtió en LGBTQ, aunque se le podría haber añadido alguna otra letra mientras yo me daba la vuelta»: A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 533.

⁶⁰ Sobre la posición que le disgustó, véase Mike Davis, «Who Will Build the Ark?», *NLR* 61, enero-febrero de 2010, pp. 29-46 [ed. cast.: «¿Quién construirá el Arca?», *NLR* 61, marzo-abril de 2010, pp. 29-45]. Alexander había disfrutado no obstante la *City of Quartz* de Mike, de la que escribió la que fue seguramente la mejor reseña; véase «The Power of Sunshine», *London Review of Books*, 10 de enero de 1991.

de esas extravagancias de sus últimos años discrepaba personalmente de sí mismo. El defensor de la cultura de la caza era un amante de los animales, que por lo que yo sé no disparó un arma en su vida; el negador del cambio climático participaba apasionadamente en las campañas contra la deforestación y por la preservación de especies amenazadas⁶¹.

Cualidades de la libertad

¿Cómo se puede caracterizar entonces la visión política de Alexander? En ella había una tensión aparentemente paradójica, pero en realidad dialéctica: era a la vez libertario y leninista. En esa combinación, el equilibrio entre ambos polos podía desplazarse –¿leninista libertario al principio para acabar siendo un libertario leninista al final?–, pero su delicada interrelación lo marcó de principio a fin. El último brote de activismo de izquierdas durante su vida fue el movimiento Occupy Wall Street de 2011. ¿Cuál fue su reacción? «La fuerza del movimiento ows reside en la simplicidad y la veracidad de su mensaje básico: hay muy pocos ricos y muchos pobres. En términos de sus pretensiones, el sistema capitalista ha fracasado», comentaba. «Pero pese a toda su simplicidad y veracidad, ¿hasta qué punto se ha desarrollado hasta ahora el mensaje de ows? En términos de sus poderes de represión, el sistema no ha fracasado. Hasta la fecha, el movimiento ows no se ha enfrentado siquiera a la elite con una amenaza del nivel de las protestas de 1999 en Seattle»⁶². Los owseros, como él los llamaba –léase: *browsers* políticos– eran ciertamente mejores que los *pwogs* [demócratas progresistas] –otro de sus términos burlones– de la fracción liberal de la clase dirigente, pero carecían de memoria histórica y de una estrategia coherente. Con su mejor tono socarrón –no demoledor– concluía:

Debe de ser el maldito leninista que se esconde dentro de mí, aun a pesar de tantos años de terapia. Atiborrado de himnos quizá demasiado pomposos para la finura democrática de los *owwers*, trepo hasta el estante más alto, cubierto de polvo, cargo furtivamente con las «Tesis de abril» de 1917 de Vladimir Ilich y me lanzo: poner fin a la guerra, confiscar las grandes propiedades, fusionar inmediatamente todos los bancos en un único banco nacional [...] La sangre vuelve a mis mejillas, y mis ojos brillan. Entonces,

⁶¹ En relación con su ecologismo radicalmente anticapitalista, véase uno de sus artículos más elocuentes: A. Cockburn, «“Win-Win” with Bruce Babbitt: The Clinton Administration Meets the Environment», *NLR* 1/201, septiembre-octubre de 1993, pp. 46-59.

⁶² A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 513.

oyendo los pasos de mi hija fuera de la biblioteca, devuelvo a Lenin a su lugar, pliego la escalera y tomo un ejemplar de E. F. Schumacher, aunque no estoy del todo seguro de que aparezca en las listas de lectura o en el menú de Twitter de los *owsers*⁶³.

El parque Zuccotti era un lejano eco de la plaza Syntagma, pero todavía era demasiado pronto para juzgar aquella movilización. Para que la oposición al sistema tuviera un futuro, tendría que dejar de portarse como un *bon enfant*. Después de hablar en una de las pocas y pequeñas asambleas contra la guerra en Afganistán, señalaba: «No hay ninguna señal de populismo que se pueda considerar vigoroso. La irritación que se expresa es formularia»⁶⁴. Alexander amaba los Estados Unidos, pero como deja claro el título de *A Colossal Wreck*, no mantenía ni un ápice de complacencia. Al adoptar la ciudadanía estadounidense, treinta y siete años después de llegar a Nueva York, escribió: «Tengo muchos pensamientos positivos sobre Estados Unidos y me siento muy feliz de subir a un barco a punto de hundirse»⁶⁵.

Como individuo, uno se siente tentado a decir que Alexander llegó tan cerca de la imagen de Marx de una existencia emancipada tras el fallecimiento del capitalismo, y con él del dinero y el matrimonio, como quizá nadie entre sus contemporáneos. Conducía, telefoneaba, leía, cocinaba, cortejaba, cuidaba su jardín, decoraba, fotografiaba y escribía con la misma combinación de gracia e impulso, con una *sprezzatura* revolucionaria peculiar. El trabajo mental y el manual, las habilidades manuales y las artes mentales, estaban en él indisolublemente unidas. Él era la encarnación viva de ese materialismo tridimensional. Temperamentos excepcionales como el suyo están más allá de la imitación; y aunque no pueden ofrecer modelos existenciales, pueden sugerir ideales reguladores: «por la calidad de la vida, el arte y la libertad que los radicales preconizan, tendrán sin duda que prevalecer»⁶⁶.

⁶³ *Ibid.*, p. 512. Sobre lo seriamente que se tomaba Alexander las cuestiones de organización y estrategia, y no con un espíritu formulario, véase la serie de reflexiones sobre el poder a corto plazo de las manifestaciones y la rareza de pillar al Estado por sorpresa, las exigencias de construir un movimiento persistente y la necesidad de tácticas de «publicidad, acoso, obstruccionismo», en A. Cockburn y J. St. Clair, *5 Days That Shook the World*, cit., pp. 9-10, 117.

⁶⁴ A. Cockburn, *A Colossal Wreck*, cit., p. 450.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 444.

⁶⁶ Sobre ese credo de Alexander, véase todo el pasaje «By Way of an Introduction», en A. Cockburn y J. St. Clair, *Serpents in the Garden: Liaisons with Culture & Sex*, Petrolia y Oakland, 2004, p. ix.

Políticamente, por otro lado, el ejemplo que nos dio mantiene toda su fuerza. Las generaciones más jóvenes de la izquierda estadounidense están mejor configuradas, con toda seguridad intelectual, de lo que él pudo constatar. No les falta energía ni imaginación. Basta considerar las tres publicaciones más impresionantes que han surgido en la era de Bush-Obama: *n+1*, *Jacobin* y *Endnotes*, que expresan, cada una en su propio registro –cultural, social y económico–, un claro rechazo del orden establecido. Cada generación tiene que encontrar su propio camino hacia esa ruptura, ya sea la *Kulturkritik*, los informes sobre protestas o la teoría del valor. Sorprende, a pesar de todo, la paradoja de una sensibilidad común: lo que se puede calificar como un anticapitalismo apolítico, profundamente hostil al sistema del capital, pero en gran medida mudo ante la encarnación de su poder y las operaciones tácticas de su imperio⁶⁷. *CounterPunch* difería de ellas a ese respecto. Al dirigirlo con un rechazo categórico de cualquier disimulo o contemporización, Alexander ponía siempre la política en el puesto de mando. *A Colossal Wreck* se mantiene como inspiración para hacer otro tanto.

⁶⁷ *Jacobin*, que dedicó su número de verano de 2012 a Alexander, se las arregló para publicar en el mismo número un llamamiento desvergonzado a sus lectores a votar por Obama, que no contenía apenas una mención al mundo externo a Estados Unidos, y menos aún –ni una sola palabra– al papel de su gobierno en él. Lo mismo sucede, con grados diversos de reserva o entusiasmo, aunque más en los blogs que en artículos impresos en la revista, con *n+1*, cuyos editores reverencian tímidamente al Señor de los Drones. El ensimismamiento estadounidense da cuenta, por supuesto, de parte de esto, como si sólo importara realmente lo que le sucede a los ciudadanos estadounidense. *Endnotes*, que está considerablemente más a la izquierda y tiene orígenes británicos, no sufre la misma ceguera, pero la crítica del orden político estadounidense o su sistema imperial no figura entre sus preocupaciones. Sería equivocado sin embargo atribuir demasiado peso a esa pauta, que no cabe comparar con el parasitismo congénito de los órganos liberales tradicionales del Partido Demócrata. Los méritos y el interés de estas tres publicaciones son mucho más significativos que sus defectos.